

# Francisco Bilbao

## identidad y profecía

Alejandro Witker

### La vida como un rayo

La vida de Francisco de Salas Bilbao Barquín fue breve y luminosa como un rayo: vivió apenas treinta y dos años, y sin embargo, inmortalizó su paso por la tierra. Nació en Santiago de Chile el 9 de enero de 1823. Su padre, Rafael Bilbao Beyner, de noble estirpe liberal estaba emparentado por vía materna con el francés Juan Antonio Beyner, participante del frustrado complot llamado de "Los tres Antonios" de 1730. Su madre fue doña Mercedes Barquín.

La militancia liberal de don Rafael le acarreó persecuciones y destierros que arrastraron al hijo siendo aún un niño. Francisco tenía sólo once años cuando compartió con su padre un exilio en Lima. Al regreso estudió derecho, filosofía y latín en el Instituto Nacional, bajo la docta palabra de Andrés Bello, José Victorino Lastarria y Vicente Fidel López. Era un lector insaciable. "Mi primer libro fue *La Araucana*, de Ercilla, que me dió mi papá", recuerda en sus *Apuntes Cronológicos*, y agrega: "Creo que ha tenido mucha influencia hasta hoy en mi vida".<sup>1</sup>

A los 20 años ya conocía Rousseau y a varios enciclopedistas, la Biblia, Vico y otros clásicos de la cultura europea occidental. Entre estas lecturas, una de las que mayor influencia ejerció en su proceso intelectual fue *El Libro del Pueblo* de Lamennais. Su pasión intelectual y su vocación literaria lo vincularon desde muy joven a la Sociedad Literaria de Santiago.

Su primer escrito, publicado en *El Crepúsculo*, en 1844, fue *Sociabilidad Chilena*, que resultó un verdadero trueno que irrumpió la tranquila siesta del orden semi-colonial. Aquel texto juvenil tocó las raíces del establecimiento oligárquico, cuyo brazo ideológico, la Iglesia Católica, afianzaba su carácter autoritario.

Bilbao pugna por los fueros de la razón frente al dogma: reclama la educación del pueblo, las reivindicaciones de la mujer y la vigencia de los derechos ciudadanos en el marco de una república democrática.

La Iglesia inicia estruendosas protestas agitando a los fieles contra el blasfemo, que a los veintiún años de edad es satanizado sin piedad: excomulgado por la Iglesia y expulsado del Instituto Nacional que entonces dependía de la Universidad de Chile.

Se le procesó y multó con 1 200 pesos bajo la acusación de "blasfemo e inmoral" y su escrito quemado con escándalo público.

Frente al tribunal, el acusado se agigantó por la firmeza de sus convicciones: "¿Quién sois vos, que os hacéis eco de la sociedad analizada —dice haciendo su defensa—, que os oponéis a la invocación, parapetado en las leyes españolas, qué crimen cometéis? —El juez (campanillazo): — Señor, usted no viene a acriminar al señor fiscal. —Bilbao: — No acrimino, señor juez, clasifico solamente. La filosofía tiene también su Código, y este Código es eterno. La filosofía os asigna el nombre de retrógado. ¡Eh bien! innovador, he aquí lo que soy: retrógado, he aquí lo que sois".<sup>2</sup>

<sup>1</sup> Armando Donoso, *El pensamiento vivo de Francisco Bilbao*, Santiago, Editorial Nascimento, 1940, p. 177.

<sup>2</sup> *Idem.*, p. 15.

En estas frases ardientes estaban sus propias convicciones y tal vez sonaban los ecos de las palabras que su padre le había enviado para solidarizarse con el hijo en aquellos bochornosos sucesos.

“Primero preferiría sucumbir que aconsejarte una baja. Acredita que eres mi hijo. Si pudiera, me sentaría a tu lado en el banco de los acusados”.<sup>3</sup>

Sus partidarios quedaron electrizados: cubrieron de su peculio la alzada multa y lo pasearon en hombros por las calles de Santiago.

Cercado por los custodios del orden tradicional, no pudo trabajar en la capital. Tras un breve tiempo de actividad periodística en Valparaíso, se embarcó para Europa a fines de 1844. A los veintidós años estaba en la ciudad luz, ansioso de empaparse de ese mundo intelectual que tanto contrastaba con la oscuridad reinante en su tierra.

En sus andanzas, pronto se encontró con otro joven chileno, Santiago Arcos Arlegui, de veintitrés años, que cargaba también en su mochila ya parte del acervo ideológico de la Francia de ese tiempo.<sup>4</sup>

Arcos era hijo de un español, Antonio Arcos Arjona, que había logrado fortuna y ascenso social gracias a su falta de escrúpulos y a su malicia para ganarse el apoyo de gente influyente. Con estos procedimientos hasta logró casarse con una dama de alcurnia y fortuna: Isabel Petronila Arlegui Rodríguez.

A la caída de O’Higgins, a cuya sombra prosperó, los tiempos se le pusieron difíciles y emigró a Francia. Estos hechos permitieron al hijo frecuentar colegios aristocráticos en París donde fue un estudiante discreto. No ingresó a la universidad y desde temprano mostró una total indiferencia por los negocios de su padre.

El joven Santiago puso al corriente al recién llegado sobre el atractivo panorama político e intelectual del viejo mundo y escuchó de él detallados relatos sobre la vida de su lejana patria perdida en la geografía y en sus recuerdos de niño. Particularmente excitante resultó para Santiago conocer avatares de *Sociabilidad Chilena*, que leyó de un tirón. Seguramente deploró la estrechez mental de un pequeño universo aldeano no tocado aún por la luz intelectual del cielo parisino.

Arcos continuó incursionando en las vertientes del socialismo utópico. Bilbao, atraído por el liberalismo católico de Hugo Felicité Roberto Lamennais (1782-1854), cuyas obras, *Palabras de un creyente* y *El libro del Pueblo*, lo tocaron muy hondo. Comenzó así a distinguir mejor entre fariseísmo clerical y la esencia popular y justiciera del auténtico cristianismo.

Arcos y Bilbao fueron hijos selectos de un tiempo preñado de trastornos sociales al agudizarse el conflicto histórico planteado por el capitalismo: el carácter social de la producción y privado de la apropiación. Ambos se empaparon de este tiempo en un país privilegiado como escenario de la gran política europea: Francia.

Entre 1815 y 1848, Francia experimentó cambios sustanciales en su estructura económica y social: la máquina a vapor y los motores mecánicos permitieron dar a la industria un salto colosal y una creciente red ferroviaria articuló el mercado interno en función del desarrollo capitalista. El crecimiento industrial reclamaba una mayor fuerza de trabajo que a su vez generaba como su sombra un submundo de miseria: las barriadas proletarias.

En los establecimientos capitalistas imperaban jornadas de trabajo limita-

<sup>3</sup> Citado por Elías Ugarte Figueroa en *Francisco Bilbao, agitador y blasfemo*. Sociedad de Escritores de Chile, Santiago, 1965, p. 11.

<sup>4</sup> Véase Gabriel Sanhueza, *Santiago Arcos, Comunista, millonario y calavera*. Editorial del Pacífico, Santiago, 1956. Julio César Jobet, *Santiago Arcos Arlegui y la Sociedad de la Igualdad (un socialista utópico chileno)*, Cultura, Santiago, 1942.

das sólo por la resistencia física de los obreros. El interior de fábricas y minas eran un ambiente lóbrego e inseguro que tributaba accidentes y muertes en la rutina cotidiana del trabajo. Los salarios eran apenas una compensación necesaria para asegurar la reproducción de los brazos para la generación de la plusvalía exigida por el capital.

Contra esa situación social de los trabajadores se alzaron voces que denunciaron la explotación obrera.

En las primeras décadas del siglo XIX, aparecieron en Europa severos críticos de los efectos sociales de la Revolución Industrial: fueron los llamados *socialistas utópicos*, entre los cuales destacan el Conde Henri de Saint-Simon, (1760-1825); Charles Fourier (1772-1837); Etienne Cabet (1788-1856); Flora Tristán (1803-1844); Pierre Leroux (1797-1881), todos ellos en Francia; y Robert Owen (1771-1858) en Inglaterra.<sup>5</sup>

Los socialistas utópicos heredaban el racionalismo del siglo XVIII y confiaban por lo tanto que el hombre podría ordenar la sociedad cuando conocieran las leyes naturales que exigen el fin de la explotación y el imperio de la armonía social. Confiaban que ciertas ciencias sociales como la historia, la sociología y la economía permitirían encontrar la clave de la evolución natural de la sociedad. Con su concurso se descubriría que el individualismo violenta las exigencias naturales de la solidaridad. Pensaban que el tránsito de la irracionalidad a la racionalidad sería posible recorrerlo sin violencia, ¡Cómo un hombre puesto cara a la verdad podría rehusarla! Por eso, creían que la propaganda de sus sabias ideas acabaría por imponerse, y para ello algunos postularon la instalación de colonias modelos que demostrarían prácticamente el encuentro con la armonía y la felicidad humana. Por eso, su mensaje se dirigía a la sociedad global y con excepción de Owen, no promovían la lucha de clases.

En 1847 Santiago Arcos cumplió veinticinco años, edad propicia para definir el destino de una vida. Definitivamente su vocación humanística y "revolucionaria" lo llevó a repudiar el oscuro mundo de los negocios de su padre. Prefirió seguir los dictados de su conciencia aún a riesgo de perder las ventajas de la fortuna que le ofrecía el alero familiar.

Partió rumbo a Inglaterra, de ahí a los Estados Unidos, donde se encontró con Sarmiento; pasó por Cuba, hasta que arribó a Valparaíso el 24 de febrero de 1848. El 1o. de marzo estaba en Santiago. En el mundo que dejaba a sus espaldas, la cuestión social se enriquecía con el *Manifiesto Comunista* de Marx y Engels, puesto a la circulación en febrero de 1848. La política francesa se enrarecía con la renuncia de Luis Felipe. Hechos y fechas claves de una época.

El viajero se instaló en el mejor hotel que había en Santiago: el Hotel Chile, ubicado en la calle Catedral a dos cuadras de la Plaza de Armas. La capital chilena venía articulando lentamente un rostro urbano entre la Alameda y Santo Domingo, con alguna prolongación por San Diego y entre Teatinos y Mac-Iver. El cerro Santa Lucía era un basural y nido de gente de mala ley. Era un vecindario con escaso pavimento y tenues candiles en sus frontis, vigilados por serenos que daban el tiempo y la hora anteponiendo un Ave María. El resto, eran quintas y chacras cuyo aroma campesino traspasaba la ciudad con la presencia de sus caballos y calesas. La población de la capital de la república de medio siglo era de 80 000 habitantes y la del país, 1 500 000, aproximadamente.

En el gobierno estaba Manuel Bulnes completando la segunda parte de su

<sup>5</sup> Véase Esteban Krotz, *Utopía*, Edicol, México, 1980. Al Morton, *Las utopías socialistas*, Martínez Roca, Barcelona, 1970.

decenio de fuerte signo oligárquico, encargado de que el festín de terratenientes, mineros y comerciantes vinculados al exterior transcurriera sin tropiezos.<sup>6</sup>

La vida cultural comenzaba a ser animada por el llamado movimiento intelectual de 1842 bajo la influencia de hombres de la talla de Andrés Bello, José Victorino Lastarria y Eusebio Lillo. La Universidad de Chile, fundada ese mismo año, daba sus primeros pasos y se nucleaban jóvenes inquietos en la Sociedad Literaria.

La aristocrática familia Arlegui brindó al viajero una cálida hospitalidad. Pronto estuvo invitado a los más distinguidos salones de la capital. Santiago Arcos Arlegui era de estatura pequeña, pero se hacía notar por su carácter chispeante y amable, su generosidad y nobleza.

Arcos ilustra ante los ojos curiosos y las mentes despiertas de jóvenes intelectuales sobre los grandes acontecimientos, las ideas y los protagonistas de la escena política y cultural de Europa. Se excitan los espíritus con las novedades del siglo.

El 25 de mayo de 1848, llegan de Francia noticias que conmueven el ambiente: ha estallado una nueva revolución y se establece la II República. Arcos y sus amigos festejan el suceso con un gran banquete al que siguió la explicación del significado profundo de los hechos. ¿Quiénes eran Luis Blanc y Albert? ¿Qué era el socialismo? Los oyentes se quedaron estupefactos: ellos estaban por cambiar las cosas pero jamás pensaron ir tan lejos. Se enfrió la euforia y el propagandista de esa extraña nueva comenzó a ser poco grato en los círculos dorados de Santiago.

Entretanto, Arcos comienza a clavar sus ojos en la realidad social, constata que un abismo separa a una minoría opulenta de un pueblo sumergido en la miseria moral y material. La cuestión social está abierta como una herida lacerante que no es posible ignorar sin complicidad con los responsables. Sus observaciones críticas a las injusticias sociales le fueron creando entre sus relaciones un círculo de hielo.

Interesado por tocar la sal de la tierra americana, realizó una excursión cruzando los Andes hasta llegar a Mendoza acompañado sólo de un buen baqueano. Desde allí siguió hasta el sur más de cien leguas.<sup>7</sup>

Por ese tiempo regresó su padre desde París. Los sucesos revolucionarios lo habían convencido que la sentencia de Proudhon: "la propiedad es un robo", cobraba mucha audiencia y pocos como él sabían a ciencia cierta que su propiedad era literalmente un robo; pero Chile era un remanso de paz hasta donde no llegarían jamás los ecos de las palabras de Proudhon y por lo tanto, un refugio seguro para el exitoso comerciante.

El joven Santiago siguió agitado por las novedades del siglo y las excitaciones que le provocaba la cruda realidad cubrían sus ojos penetrantes clavados sobre su país y su pueblo.

Entretanto, en París, Bilbao se había ganado la amistad de Quinet, Michelet, Lamennais y otros grandes del ambiente cultural de quienes recibe enseñanzas y estímulos que contribuyen a desarrollar sus potencialidades intelectuales.

Estudia, charla, viaja por Italia, Bohemia, Austria, Alemania; observa, medita, proyecta.

En 1849, el gobierno de Bulnes le hace un sorprendente ofrecimiento: lo

<sup>6</sup> Véase Claudio Véliz, "La mesa de tres patas", en Alejandro Witker, *Chile, sociedad y política, Lecturas Universitarias* núm. 30, UNAM, México, 1978, p. 57-67.

<sup>7</sup> Este viaje fue relatado en "Cuentos de Tierra Adentro" o "Extractos de los Apuntes de un Viajero", publicado en *Revista de Santiago*, enero de 1849.

designa empleado del gobierno, le adelanta un año de sueldo y le sugiere permanezca un año más en Francia estudiando estadística, ramo que interesa introducir en la administración del Estado. La oferta era, sin duda, tentadora, pero sólo aprovechó la oportunidad de regresar al país donde rechazó con firmeza las tentativas de cooptarlo al sistema, tarea en la que algunos vanamente se empeñaron.

En Chile, Bilbao y Arcos volvieron a encontrarse y pronto concertaron sus esfuerzos para abrir los ventanales del asfixiante ambiente santiaguino a los aires renovadores del siglo.

Se pusieron manos a la obra agrupando en su alrededor a un elenco de jóvenes inquietos entre los cuales habían maestros del Instituto Nacional como Manuel Recabarren, poetas como Eusebio Lillo, artistas como José Zapiola y artesanos avanzados como el sombrerero Ambrosio Larrachea, el zapatero Manuel Lucares, los sastres Rudecindo Rojas, Cecilio Cerda, Ramón Mondaca y Juan Aravena; el talabartero Paulino López, el tipógrafo José Santos Valenzuela, el carpintero José María López entre otros.

Este elenco, en abierto desafío al orden imperante, fundó en 1850 una entidad que se sintió como un trueno sobre la vida pública del país: La Sociedad de la Igualdad.<sup>8</sup>

En la primera reunión se aprobaron los siguientes principios fundamentales, propuestos por Bilbao:

1. La soberanía de la razón como autoridad de autoridades;
2. La soberanía del pueblo como base de toda política, y
3. El amor y la fraternidad universal como vida moral.

En la siguiente reunión se aprobaron los Estatutos propuestos por Arcos: una estructura nuclear de un número no mayor de veinticuatro miembros a cargo de un presidente y de un secretario,<sup>9</sup> agrupados por barrios; fijó reuniones generales y diversas disposiciones sobre funcionamiento.

La Junta Directiva quedó a cargo de los ciudadanos Santiago Arcos, Francisco Bilbao, Ambrosio Larrachea, Eusebio Lillo, José Zapiola, Francisco Prado Aldunate entre otros.

El himno oficial, llamado *La Igualitaria*, fue obra de Eusebio Lillo, el mismo autor de la letra del himno nacional de Chile. La estrofa del coro decía:

¡Naciste, patria amada,  
gritando Libertad!  
¡Por ti morir sabremos  
o triunfa la Igualdad!

El vocero oficial fue *El amigo del Pueblo*, dirigido por Eusebio Lillo, cuyo primer número apareció el 1o. de abril de 1850.

“La clase obrera —decía en su edición del 11 de abril en un escrito titulado *Los Guardias Nacionales*— ha pasado desapercibida para los hombres públicos de Chile; y ha llegado el tiempo de que esa clase obrera adquiera conciencia de su poder. Deber es de los que mandan prevenir ese momento en que cansado el obrero de trabajar sin fruto y sin protección, reclame por la fuerza lo que no ha podido conseguir con la calma y el sufrimiento... Los artesanos, al alistarse bajo las banderas de la guardia nacional, van a entregarse a la voluntad de algunos jefes que los explotan en beneficio de los que mandan. De esta manera cincuenta mil cívicos derramados en toda la República son otros tantos pasivos sostenedores del poder y otros tantos enemigos con que el pueblo se encontraría a su frente en el día de la lucha... ¡Los cívicos han sido hasta ahora juguetes del poder! Los hombres que quisieron

<sup>8</sup> Véase Julio César Jobet, *op. cit.*

<sup>9</sup> Posteriormente se eliminó esta restricción y no se estableció un número tope de miembros.

apoderarse de la clase obrera para explotarla en beneficio de su poder... la pusieron bajo el imperio de las leyes militares... Dénle en buena hora un fusil y prepáresele en el ejercicio de las armas; pero hágase entender que esa arma no debe servirle para apoyar el poder, para conservar lo que los *retrógrados* llaman orden; que esa arma no ha de dirigirse jamás contra el corazón del pueblo, sino en su defensa y protección. Cuando el soldado cívico tenga la conciencia de estas verdades, cuando se presente armado y decidido a sostener los derechos de sus hermanos, llegará a ser imposible que la República sufra la tiranía de un hombre o de un partido."<sup>10</sup>

El vocero igualitario fue clausurado por el gobierno de Manuel Montt como represalia por la publicación de un texto de Bilbao: *Los Boletines del Espíritu*, que motivaron las iras del arzobispo de Santiago, Rafael Valentín Valdivieso.

El 24 de junio de 1850, el periódico y Bilbao fueron excomulgados. Los fundamentos eran clarísimos: "intenta arrancar del corazón del pobre la religión, fuente de sus consuelos, lenitivo de las penalidades del trabajo a que su condición lo somete y áncora de todas sus esperanzas."<sup>11</sup>

El 4 de julio, *El Amigo del Pueblo* fue sustituido por el periódico *La Barra* que circuló con interrupciones ocasionadas por el estado de sitio, hasta el 20 de abril de 1851.

La Sociedad de la Igualdad fue ganando adeptos gracias a una tesonera actividad cultural: abrió escuelas populares que contaron con más de trescientos alumnos; organizó conferencias sobre economía política, aritmética, castellano, música, etc.; propició la discusión pública de proyectos destinados a promover el bienestar de los trabajadores y la crítica general del orden oligárquico, junto con fomentar una vida privada honesta y sana entre sus asociados. La institución sufrió asedios policiales ordenados por un gobierno que contemplaba con estupor el eco que estas actividades encontraban en las capas populares de la población.

Pero habría de llegar hasta el 28 de octubre para que se produjese el enfrentamiento final. La Sociedad de la Igualdad convocó a un mítin político al que concurrieron más de tres mil personas, el que aprobó la siguiente declaración:

"La Sociedad de la Igualdad rechaza la candidatura Montt, por que representa los estados de sitio, las deportaciones, los destierros, los tribunales militares, la corrupción judicial, el asesinato del pueblo, el tormento en los procedimientos de la justicia criminal, la ley de imprenta, la usura, la represión en todas las cosas a que puede extenderse con perjuicio de los intereses nacionales y especialmente con respecto al derecho de asociación."<sup>12</sup>

Fue la gota que colmó el vaso de la tolerancia de Su Excelencia. El 23 de noviembre del mismo año el presidente Manuel Montt ordenó la clausura y al grito de ¡Viva la religión y mueran los herejes! se desató una violenta represión contra los líderes y simpatizantes de tan singular asociación que desafiaba con audacia el orden tradicional. Arcos fue encarcelado y luego salió al destierro. Bilbao también debió salir al exterior perseguido por las autoridades.

La Sociedad de la Igualdad había sido destruida, pero sus huellas aparecerán más tarde en otras organizaciones político-culturales y en los primeros atisbos del movimiento obrero.<sup>13</sup>

<sup>10</sup> Gabriel Sanhueza, *op. cit.* p. 140.

<sup>11</sup> Julio César Jobet, *op. cit.* p. 120.

<sup>12</sup> Gabriel Sanhueza, *op. cit.* p. 172.

<sup>13</sup> Véase Hernán Ramírez Necochea, *Historia del movimiento obrero en Chile, Siglo XIX*, Austral, Santiago, 1956.



















